



MALDITA

Jean Vanderhoeht

MALDITA



Primera edición: marzo de 2026

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Jean Vanderhoeht

ISBN: 979-13-88195-26-6

ISBN digital: 979-13-88195-27-3

Depósito legal: M-7273-2026

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Prólogo

¿Quién es esa Maldita?

Solo es una niña que sufrió.

¿Y qué fue de esa niña?

Se hizo mujer, que va por la vida atormentada por su herencia salvaje, su sangre caliente, inquieta y rebelde; es descendiente de las hordas que pisotearon a los débiles y llegaron hasta aquí.

¿Y qué quiere esa mujer?

Lo quiere todo y no le importa cómo.

El flujo de la vida pasa por nosotros; nacemos y morimos, la vida sigue.

Cuando nacemos, no nacemos solos; nos acompaña la herencia de nuestros antepasados. Sobrevivieron, fueron los más fuertes, sus instintos eran buenas respuestas a las trampas de la existencia.

Hubo una época en que tuvieron que ser los más sanguinarios, los más crueles; los débiles quedaron atrás, por eso tuvieron razón. Por eso estamos aquí, por eso en nosotros hay un salvaje.

Pero, todo esto, ¿qué nos importa? Lo que importa es el día a día, nuestros anhelos, nuestras esperanzas, ¿y cómo respondemos?, con los estigmas del pasado. Por eso, muchas veces nos equivocamos, nos amargamos, sufrimos y nos enfrentamos, estamos en una burbuja que creamos y nos destruye.

Capítulo 1

Las voces del pasado

En la ruta de las diligencias que atraviesan el país hacia la frontera, posadas y ventorrillos se sucedían hasta llegar a destino. Allí los viajeros podían descansar, comer y dormir; había establos y caballos de reemplazo.

Una de estas posadas, ya sobre el declive de las diligencias reemplazadas por el ferrocarril y los vehículos a combustible, pertenecía a una familia establecida desde mucho tiempo en la zona. Gente respetada, de influencia, que actualmente era dirigida por dos hermanos gemelos y la mujer de uno de ellos; esta mujer, además, era la partera más conocida de la zona, si no era la única. Aparte de asistir partos, practicaba abortos muy necesarios en aquella época, sobre todo para hombres casados de la alta sociedad, que habían embarazado a jovencitas fuera del matrimonio, lo cual, para ellos, era muy desafortunado.

Doña Elena, así se llamaba esta partera, gozaba de la confianza de estos hombres bien vistos y conocidos por todos, porque era una garantía de discreción, lo que no

dejaba de darle cierta ventaja en el entorno, porque le era fácil obtener favores de personas de influencia, de los cuales conocía delicados asuntos.

Elena estaba casada con Carlos, uno de los dueños, y hermano gemelo de Luis.

Sí, don Carlos y don Luis eran hermanos gemelos.

Elena se entendía bien con los dos hermanos, pero aunque estaba casada con Carlos, siempre prefirió a Luis.

Sucedió que Carlos falleció; las malas lenguas dijeron que envenenado y Elena, la viuda, muy oportunamente se volvió a casar con Luis, esta vez.

Pero, finalmente, ella los enterró a los dos, y de esta forma, terminó siendo la única dueña de la posada. El tiempo pasó, las diligencias ya no circulaban más; la posada era ahora una casa de familia. De los dos hijos que tuvo de sus matrimonios, además de una hija Adela, uno de ellos, Aníbal, tuvo varios incidentes violentos, mató a dos hombres a cuchillo limpio, uno de ellos cuando intentaba escapar por una ventana del cuarto donde se veía con la mujer; el marido lo enfrentó, y él lo limpió. Fue preso varias veces, pero doña Elena, al cabo de poco tiempo, siempre lograba sacar a su hijo de prisión.

El otro hijo, Carlos, conoció a Daniela, y se casaron. Era muy buen hombre, pero débil, y con el tiempo se dio a la bebida; en tan mal estado volvía a veces que su misma mujer lo interpelaba.

—Maldito borracho, no sirves para nada.

Tuvieron una hija, María José.

Varias veces, borracho como una cuba, se peleaba a los golpes con su mujer.

En uno de estos escenarios, porque no fue el único, Elena y su hija Daniela, que tenía el físico de un hombre, intervinieron en la pelea. La abuela le dijo a María José:

—Mija, no te puedes quedar aquí, te vienes conmigo.

La niña tenía once años.

—No, no, me quiero quedar con mi mamá, déjame en paz, y ándate tú para tu casa, vieja de mierda.

Elena le dio un sopapo y la mandó al piso; desde el suelo, la niña le dio una patada en la pierna y la hizo caer. Se levantó y le pateó la cabeza; con el rostro desfigurado por la rabia, gritaba oprobios a voz en cuello. La tía Adela la sujetó por detrás y la inmovilizó parcialmente, pero en el forcejeo le desgarró la ropa.

La abuela se levantó, agarrándose la cabeza lastimada, se la llevó a la fuerza a su casa, la antigua posada, y la tenía desnuda, atada por la cintura a una pata de la pesadísima mesa de madera maciza.

María se acurrucó contra la pared; después de un rato, la rabia que desfiguraba su rostro se desvaneció, y permaneció inmóvil con la mirada fija. Pasó el perro de la casa, que conocía bien; lo llamó en un susurro, el perro se acercó moviendo la cola y le lamió la cara. Ella lo abrazó y lágrimas brotaron de sus ojos; tanto lamerle la cara no le gustó, volteó la cabeza sobre el costado y lo empujó con las dos manos. El animal que estaba entre sus dos piernas retrocedió; entonces le lamía el cuerpo; eso sí le gustó.

Daniela era una buena madre. María José cursó los años de escuela en un colegio católico, no en la escuela pública. Le pagó estudios de música, de inglés, iba con ella a la iglesia, a la misa de los domingos, la llevaba a confesión, como buena cristiana, le decía.

—Tienes que saber comportarte en sociedad, quiero que tengas la educación que yo no tuve, que sepas comportarte; así tendrás amigos con plata. Recuerda, el dinero y la gente con buena posición son importantes.

María José era muy inteligente y muy estudiosa; estudiaba con Sergio, un vecino, y con Sandra, su prima o casi prima, de su misma edad. Daniela la invitaba para que jugara y estudiara con María José. Es que esa niña vivía con su tío, el Tío Negro, que tenía mucha plata, y cuando pensaba en eso, a Daniela le brillaban los ojos, le decía a su hija:

—Trata de entenderte bien con tu prima; si te invita para ir a su casa, puedes ir.

La prima era una de esas chicas a quien nada le importa, todo le parece bien; sin embargo, tuvo dudas cuando Daniela dijo:

—Mañana no voy a estar, así que no podrás venir, pero si quieres, María José, en vez de venir conmigo, puede ir a tu casa.

—No sé si a María le va a gustar.

—Te puedo asegurar que sí, tiene pocas amigas; además, tú vienes a casa, ¿por qué no iría ella a la tuya?

—No sé si a mi tío le va a gustar.

—¿Por qué no le gustaría?, si son primas, si quieres hablo con él.

—Decía, no más, pero, bueno, que venga, sí.

Al otro día, María se fue a la casa de su prima. Allí estaba el tío Negro; tenía una espesa barba negra, sus ojos también eran negros, y un espeso vello negro cubría el dorso de sus manos y todo lo que se podía ver de su cuerpo.

Le dice en un susurro a su prima:

—El tío Negro parece el diablo.

—No solo se le parece; ya que quisiste venir, no te asombres de nada.

—¿Por qué dices eso?

—No te lo puedo decir, es un secreto.

—Tú ya sabes que puedo guardar muy bien un secreto.

—Lo sé, si no, no estarías aquí.

—Me da un poco de miedo el tío.

—A mí también.

Las vecinas susurraban entre ellas.

—Te das cuenta de que Daniela deja que su hija vaya con Sandra a la casa del Negro; ese hombre es un perverso, además, se emborracha.

—Es cierto, pero es buen hombre, mira cómo cría esa niña, Sandra no es hija suya.

—No sé si es tan buena persona, he oído cosas.

—¿De qué te enteraste?

—Cosas que escuchó mi marido, de cuando el Negro se emborracha, cosas que dice cuando toma, ay, Dios mío.

—Cuenta, cuenta, sí, claro, tu marido también va a los bares.

—No hables mal de Ricardo, él va por negocios, con clientes.

—Bueno, ¿qué te dijo?

—Parece que el Negro una vez dijo que se bañaba con la niña.

—No puede ser.

Pasó el tiempo; ahora las dos niñas se veían, a veces en casa de Daniela, a veces en la del tío Negro.

Daniela estaba satisfecha con esto, se decía.

—Uno nunca sabe.

Un día en que llovía, el Negro murió. Las niñas que ese día estaban en la casa salieron corriendo, despavoridas; llegaron a lo de Daniela, agitadas y empapadas las dos; María José no podía esconder su angustia; la madre miró a su hija, nunca la había visto así.

—¿Qué te pasa, qué les pasa a las dos?

—Nada, mamá.

—Qué agitadas están, y todas mojadas, ¿está lloviendo?

Ninguna de las dos dijo nada.

Al Negro lo encontraron muerto en la bañera.

Sandra se fue; unos parientes de otra ciudad la vinieron a buscar.

Capítulo 2

¿Qué me importa a mí?

Los años pasaron, María José ya no era una niña, estudiaba, le iba bien, tenía diecinueve años ya. El vecinito que desde chico iba a su casa seguía estudiando con ella; habían crecido los dos, ya no eran niños, pero eso no preocupaba a Daniela; sabía que Sergio, cuando chico, había tenido paperas, que la enfermedad le había bajado a los testículos y que quedó estéril.

María José también lo sabía, lo sabía desde siempre, pero ahora que ya eran grandes, empezó a pensar en ello.

—¿Tuviste paperas cuando chico?

—Sí, los imbéciles de mis padres no me llevaron al médico.

—Y ahora no puedes tener niños.

Él con rabia le contestó:

—No puedo tener hijos, ¿qué le voy a hacer?

Ella lo miró de un modo extraño, se dijo para sí misma: «Por qué no».

Unos días después, su madre se ausentó; sabía que no iba a volver en toda la tarde.

Con un brillo peculiar en los ojos, tomó a Sergio de la mano y le dijo.

—Ven.

Lo llevó al baño, hizo correr el agua en la bañera y se desnudó.

Sergio quedó paralizado.

—¿Qué haces, por qué te quedas vestido cuando tienes una mujer desnuda delante de ti?

Se arrodilló y le desabrochó el pantalón.

María José salía a veces con amigos, pero casi siempre sola; se vestía muy provocativa, con una falda demasiado corta y un maquillaje casi indecente. Su madre, muy disgustada, la retaba.

—Hija, ¿cómo puedes vestirme así?, eso no es de una chica bien, te van a confundir con una puta, estás cambiada, tú no eras así antes.

—Me visto como se me da la gana; además, soy mayor de edad.

Había llegado a la edad de los cambios, con la inocencia perdida, cuando la personalidad se define, y ella, desde la niñez, venía arrastrando recuerdos de los que nunca hablaba, peleas de los padres, maltratos y humillaciones, relaciones ambiguas. Se sentía vacía, no podía tener ilusiones; esperaba a ver qué emociones podrían despertar su letargo emocional. Era un ser atormentado,

sin valores, movida por el instinto y con la amargura a flor de piel.

Leía las novelas de Agatha Christie y todas las de asesinatos que paraban en sus manos.

Se divertía provocando a los hombres, pero no se le conocía novio.

Sin embargo, las cosas no eran tan sencillas; ella tenía dos vidas: la de María, la niña bien, que tocaba el piano, que hablaba inglés, que los domingos iba con su madre a la iglesia. Y, por otro lado, la otra, María, la rebelde, rabiosa y salvaje, solapada y pragmática, que ni siquiera se conocía bien, buscaba donde fuera algo, sin saber qué, escapando a las definiciones del bien y del mal, que para ella solo eran palabras sin sentido.

¿Qué le importaba? Todo es una farsa.

Como María la rebelde, ella tenía amigos en secreto.

Como la niña bien, hacía lo que su madre quería, para dejarla contenta.

Un día Daniela se encontró con Sofía, una amiga de infancia, casada con un estanciero.

—Cómo crecen nuestros hijos, cómo pasa el tiempo.

—Sí, además, ya no hacen caso; quién sabe con quiénes se ven.

Daniela, que tenía muy en cuenta que el hijo de su amiga era estanciero, dijo.

—Sí, es un problema, ¿no te parece que sería una buena idea que nuestros hijos se vieran?

—También lo he pensado cuando me acuerdo de ti;

mi hijo es tan inocente, tiemblo cuando pienso que pueda ser embaucado por una caza fortunas.

—Yo también estoy preocupada por María José, ella no me cuenta nada.

Acordaron verse seguido.

El plan de las madres dio resultado; las dos se visitaban acompañadas de sus hijos, Elena le decía.

—Hija, ¿verdad que Eduardo es buen mozo? Me parece que te está mirando mucho.

A María José no lo impresionaba, no sentía nada, pero le gustaba dejar contenta a su madre. Entonces empezó el sutil juego de la seducción y, aplicada como era ella, logró cautivar el corazón de Eduardo.

No lo hizo en vano; él, cuando tuvo la oportunidad, le tendió la mano que sostenía un papel y se lo dio. Ella lo agarró y lo leyó; no le gustó, le pareció insulso, lo miró y, con una mirada prometedora y sumisa, le dijo:

—Qué poema más hermoso, ¿lo escribiste pensando en mí?

Al mismo tiempo, se le acercó, levantó la vista y en puntas de pies le dio un beso en la mejilla.

Él se las daba de poeta; todo orgulloso y muy conmovido contestó:

—María, debo confesarte algo, desde el primer día que te vi, me fascinaste, ¿aceptarías salir conmigo? Te confieso que estoy perdidamente enamorado de ti.

Ella, sin palabras, solo asintiendo con la cabeza, le dijo que sí.

Él la tomó de la mano, se reunieron con las madres que estaban en el jardín y muy emocionado les dijo:

—Madres, les pido permiso a las dos para visitar a María José.

Las madres se miraron cómplices y Daniela contestó:

—Qué lindos que se ven los dos juntos.

Con una lágrima en los ojos prosiguió:

—Vengan los dos, quiero abrazarlos.

Ese noviazgo fue muy tranquilo; con los padres de él iban juntos al campo, a veces por unos días.

Nunca pasó nada entre ellos.

Eduardo miraba a los hombres, más que a ella.

Mientras tanto, ella seguía con su vida misteriosa.

En la ciudad había una automotora; el dueño, Wilson, bajito y obeso, era conocido por todos, era buen comerciante y se las había ingeniado para tener amigos importantes, una de las razones por la cual lo rodeaban, es porque era hábil organizador y cómplice donde había joda. Se reunían con amigos y hablaban de mujeres. Estaban al tanto de todos los chismes, partían de la idea de que todas eran unas putas, tenían una casa alquilada en el campo para esas reuniones, porque no solo hablaban, organizaban fiestas. Cuando sabían que una mujer nadaba en aguas turbias, que no tenía reparos y que le gustaba la diversión, la invitaban, la convencían y a muchas les gustaba y a escondidas disfrutaban de lo que no podían hacer en casa. A muchos hombres les encantaban esas escapadas, y a mujeres también.

De lo que sucedía en esas reuniones, nadie hablaba; así son las cosas.

Un día, estaban reunidos; Wilson, con tan solo un corazoncillo, sentado en una mesa, disfrutaba de un buen whisky y se reía escuchando bromas, cuando la puerta se abrió, una mujer entró; él la vio, exclamó.

—¡María José!, volviste, estaba pensando que te habías olvidado de nosotros, ven un poco.

Ella se acercó, y Wilson le dijo al oído:

—¿Ves esas dos que están ahí paradas? Es la primera vez que vienen; míralas, ¿están avergonzadas, verdad?

Ella disimuladamente las mira.

—Sí, y no saben por dónde empezar, se mean de susto.

—Hazme un favor, anda al lado y quítate la ropa; cuando pases por ellas, salúdalas, y cuando vuelvas desnuda, háblales como si nada, a ver si se aflojan un poco.

—¿Vieron quién vino hoy? María José.

—Qué ficha, María José, a esa no hay que enseñarle nada.

—Y cómo la chupa, ¿dónde habrá aprendido?

—Sí, porque es tan joven, creo que no tiene veinte años.

A María José todo le va, y a los hombres los conoce bien; hizo lo que le pedía, se paró desnuda a conversar con las dos mujeres, las hizo reír.

¿Qué le importa? Cuando ella misma se pregunta qué es lo que quiere, ella misma se contesta.

—Quiero ser como mi abuela, y no solo eso, quiero ser mucho peor, o mucho mejor.

María José no lo sabe, se siente vacía por dentro, se deja llevar por la vida, pero es una fiera, agazapada y lista para saltar, quiere matar sin compasión, quiere vengarse de la vida.

Doña Elena estaba en apuros; un respetable ciudadano le trajo una chica embarazada. Ese bebé no podía venir al mundo, todos los involucrados sabían lo que había que hacer; era una chica de buena familia.

Lamentablemente, en manos de doña Elena, la muchacha murió. No era la primera vez que algo así sucedía, y el silencio era la regla. Pero, consternación, esta vez los padres se enteraron, y eran influyentes.

Hubo un juicio y doña Elena fue declarada culpable de asesinato.

La sentencia fue de varios años de cárcel.

María José se enteró, fue a verla a la vieja posada.

—Vas a ir presa, abuela, qué pasa, ¿tus amigos te abandonaron?

—Mija, no puedo hacer nada, siempre me salvé, pero esta vez me acorralaron, voy a la cárcel, nomás.

—Puede ser que no; espera unos días a ver si puedo resolver algo.

—¿Qué vas a hacer tú? Hasta con el comisario hablamos; las cosas cambiaron mucho; desde que están los militares, todo el mundo tiene miedo.

María José no perdió el tiempo, fue a la reunión del submundo y habló con Wilson.

—Sentada en la mesa, y en voz baja, conversaba con él.

—¿Sabes quién es mi abuela?

—Quién no la conoce, todos los que estamos aquí la conocemos, por lo menos de oída.

—Está en problemas.

—Ya lo sé, la mandan presa, y con los militares por aquí es complicado.

—Pero ella no está en la política, eso también lo sabes, ¿verdad? Lo que buscan los militares son los insurgentes.

—Cierto, es lo que les interesa. El coronel está aquí.

—Lo sé, lo vi ahí sentado, no se pone el uniforme para venir aquí.

—Ven conmigo.

El Coronel los recibió amablemente, Wilson le explicó la razón por la cual la joven quería hablar con él; la miró inquisitivamente:

—Señor Coronel, es por mi abuela, es una persona muy mayor, no va a aguantar un largo periodo en la cárcel.

—Ya me hablaron de ella; yo no la puedo sacar de la cárcel, la justicia fue muy dura con ella. En todos los pueblos hay una partera, es siempre lo mismo; si ella va presa, otra vendrá, y no va a cambiar nada, pero me caes bien, niña, nosotros los militares respetamos el coraje, y tú lo tuviste al venir a hablar conmigo; ojo, no quiero nada contigo.

Dirigiéndose a Wilson, le pregunta:

—¿Está Ernesto?

—No, no vino hoy.

—Bueno, no importa, dile a tu abuela, que, cuando esté en la cárcel, se las tiene que arreglar para estar enferma; si tiene fiebre, mejor, y que le diga al carcelero que necesita un médico, ¿podrá hacerlo?

—Sí, ella conoce mucho de yuyos, encontrará algo.

—Bueno, eso es todo; de lo demás me encargo yo. Pero no le hables de mí a doña Elena.

María José se sentía triunfante; fue directa a la vieja posada.

—Abuela, alguien va a hacer algo por ti, no me preguntes quién, no te lo puedo decir, pero te van a ayudar. Cuando estés presa, tienes que reportarte enferma; si tienes fiebre mejor, no sé más que eso.

—¿Estás segura de que no es una trampa? Sabes lo desconfiada que soy.

—Estoy segura, abuela, es gente de confianza.

—Hija, ¿en qué andas tú? Soy una vieja zorra, sé muy bien que eso no se logra así nomás, no conversando solo con la gente del barrio; no te lo voy a preguntar, porque no me lo vas a decir, pero escondes algo, no eres tan inocente, no, no.

Elena fue presa; a los pocos días llamó al carcelero. Estaba en un estado lamentable, tenía la garganta tan inflamada, que apenas si podía respirar; no solo era la garganta, todo su cuerpo estaba hinchado y muy rojo, un olor pestilente invadía su pieza.

—Soy alérgica, necesito un médico de urgencia.

El hombre, viéndola en ese estado, se apresuró a avisar a su superior; no tardó en aparecer un hombre con

un maletín, Era una persona que impresionaba, no solo porque era grande y fornido, sino sobre todo por el tamaño de su cabeza, aumentada por una maraña de pelo indomable.

Su voz potente se escuchó en los pasillos.

—¿Dónde está esa paciente?

Sus pasos retumbaban al caminar.

Elena lo escuchó venir, y quedó impresionada; estaba segura de que no lo conocía; su curiosidad estaba en lo más alto.

El hombre llegó a la puerta de su celda; apenas si podía entrar por ella.

—Soy el doctor Ernesto Calderón, ¿Qué le pasó, señora? Usted está en un estado lamentable.

Dirigiéndose al guardia, le dijo con voz autoritaria.

—Déjenos solos.

Se sentó sobre el camastrón con el maletín entre las piernas, y observaba a Elena.

Además de ser imponente, era un hombre joven.

—Tú no me vas a causar problemas, ¿verdad?

—¡Pero cómo, doctor!, por supuesto que no, me siento aliviada solo con su presencia.

—Bueno, está bien, te vas de aquí.

Se levantó y se fue.

Elena escuchó lo que le dijo al guardia antes de irse.

—Dile a tu jefe que esa mujer no se puede quedar aquí; le enviaré el informe, que la lleven a mi clínica cuanto antes. Usted responde por ella.

Elena quedó inmóvil, con una expresión atónita.